

Madera antigua

UNA NOVELA A CROCHET

Francisco López Sacha

Acabo de leer *Madera Antigua*, la segunda novela de Margarita Sánchez-Gallinal, y el refulgir de su prosa, la belleza sonante de sus palabras y las extrañas parábolas de una familia, una casa y una ciudad a lo largo de un siglo, o casi un siglo, me han fascinado al punto de considerar que esta novela está escrita en secreto desde la Belle Époque hasta el final de la República de un modo sutil, engañoso, evasivo, dentro de un punto de vista inusual que combina dos voces, una historia insinuante y un universo ambiguo.

Quizás lo más atrayente de esta narración, lo que le da su sentido, sea esa manera de presentar los sucesos por ese misterioso narrador que los teje, los desnuda, los cuenta y los hace avanzar sin revelar su identidad. Este es un narrador que viaja por el tiempo de una casa de madera antigua, ubicada en Santiago de Cuba, llena de muebles y objetos exquisitos, quien nos confunde a cada tanto mientras desliza en pequeñas lanzadas la historia de una familia abochornada, incapaz de lidiar con el mundo, que cada cierto tiempo genera un acto de rebeldía en alguno de sus miembros y se dispersa para volverse a juntar, la historia de un ir y venir, la sucesión creíble de personajes que relucen tan solo un instante para ceder el espacio a otros, para hacer que la línea intermitente de la acción teja a crochet dos historias simultáneas: la historia del propio narrador en primera persona, observador participante que conoce todos los rincones, todos los objetos y el olor inconfundible de cada uno de sus moradores, y la historia de esa familia y sus descendientes en el tejido social y político de la ciudad. Esta combinación dota a la novela de un cierto fulgor traslúcido, en el cual nos sorprende la voz de un sujeto narrador cuando menos lo esperamos, y en el cual fijamos un estado de éxtasis en el olor, el sonido, la sombra de un objeto o la luz. El tejido crece de capítulo en capítulo, va creando un estado de conciencia ante el embrujo y la suavidad de los objetos, ante el crecimiento continuo de una casa, ante las escenas de amor y desamor que estos personajes desarrollan. Me complace esta manera de narrar en la cual los sucesos no se muestran como acontecimientos históricos, como acciones precisas que tienen un correlato en la vida social, sino como resultado de pequeñas inquinas, de odios y traiciones, de renunciadas y bruscas determinaciones que allá, en el fondo, van a crear el panorama de un universo familiar único en una ciudad

particular y en una época. *Madera antigua*, al fin, estiliza un mundo, puede contar las luchas económicas y sociales, y aún el enfrentamiento político, con sutiles puntos de apoyo como un tejido a crochet realizado a lo largo de los años, revelando algunas cosas y ocultando otras.

Este es el verdadero envés de la trama, lo más importante no se cuenta, se deduce. Margarita Sánchez-Gallinal ha logrado la difícil narración en elipsis, de modo que a través de la moda, el diseño de un vestido, de un mueble, de un arcón, vamos pasando de una época a otra, de un tiempo a otro, de una situación a otra. La belleza del estilo está conseguida así, como una sucesión de trazos, pequeños cruces, puntos que forman líneas paralelas en una prosa de absoluta elegancia, en episodios que seducen por su languidez o su violencia, en la voz dominante de un discurso que permite alternancias, retrocesos, fragmentos de cartas, monólogos y remembranzas que actúan como soportes de la saga familiar y se desprenden a veces como satélites, pequeños redondeles en la tela de la historia, figuras opalescentes que aparecen de pronto para dotar de fuerza, intensidad y grandeza a esa historia anónima, casi sumergida, tan íntima y personal que compromete el destino de una estirpe y el secreto no revelado de un ser, fijo en el tiempo, quien conoce y tutela la casa desde la mirada temperamental de un retrato.

Entramos entonces en ese argumento inenarrable, en la construcción de un espacio que nunca puede ser descifrado por ninguno de los protagonistas sucesivos de esta historia, los miembros de la familia Vidaurreta, ni por Amalia, ni por Antonio, los padres seculares de una tradición de convivencia que dejará un guardián en Gúdula, en su retrato oscuro, en su acechanza desde una pared, en su odio a Ricardo y Honoria, en su papel de juez y en su mirada impenetrable que sorprenderá a cualquiera de los personajes restantes, incluidos Raymundo y Marina, los únicos inmunes a su hechizo.

Madera antigua documenta entonces el conflicto original, la guerra del sándalo y el vetiver, el choque inevitable entre dos hermanas, Gúdula y Honoria, por el placer del sexo y el amor, por el dominio de un hombre, algo que marcará como un estigma a la casa y a sus próximos dueños. La novela se sostiene a través de ese conflicto, cuyas ondas concéntricas llegan hasta el final, y la casa se

amplía o se recoge de acuerdo a la vida y a los sentimientos de sus habitantes. La autora ha conseguido por otros medios la comunión de la naturaleza, la madera, la artesanía de los objetos y el olor con el estado de ánimo, con la beligerancia o la somnolencia espiritual de los personajes, con sus sueños truncos o con sus deseos, una armonía de la que todo forma parte, tal y como los románticos deseaban que se subordinaran las potencias del Universo a la voluntad enfebrecida de los seres humanos. ¿Qué son, si no, los encuentros irrefrenables de Honoria y Hambaru, sus paseos delirantes por Venecia, sus contactos con Eleonora Duse, sus movimientos de un erotismo envolvente como actriz y como bailarina, y toda esa incorporación de los mundos exóticos que la música del Kemanchá despierta en ella? *Madera antigua* comulga con esa idea del romanticismo, pero con una robusta concepción del tiempo, los personajes y el estilo que están mucho más cerca de los alcances y los logros de la literatura contemporánea.

La diferencia, por tanto, es notoria con la furia y la agonía pasional de los románticos, y su manera de concebir el azar, aunque el estilo y la adjetivación guarden un parentesco con lo mejor del Modernismo —Martí, Darío Casal—, y por momentos, con las audacias vanguardistas de un Vallejo, un Huidobro, un Neruda. Justamente, el plano de composición y las ideas que predominan en él dotan a la novela de la necesaria fortaleza para persuadir y convencer al lector del nacimiento de una historia que rompe los diques del tiempo y se proyecta en un recodo del pasado al que pertenecen esos personajes y esos objetos. La autora lo reafirma dentro de la novela en más de una ocasión cuando atribuye virtudes confesionales a un cigarrillo, a una mecedora, a un sillón, a una cama. La casa misma guarda en sí los atributos de sus moradores y nada sería importante, ni el amor, ni la resonancia histórica de Anónimo del Monte, ni el herido, sin esos rasgos particulares que le dan perfil a su universo.

Madera antigua, en fin, puede leerse de muchas maneras: como una crónica alucinante de una casa y una familia, como la fuerza extenuante de una pasión, como la relación sanguínea y abisal entre los objetos y sus dueños, como el predominio del olor a perfume sobre cualquier otro estímulo, o como la paulatina ocupación de un recinto por el tiempo y las circunstancias históricas. Sin embargo, a través de este libro, se puede atisbar el criterio de que la verdadera historia está en las acciones de los personajes, en sus logros y en sus fracasos, o en sus insinuaciones más íntimas. Incluso, la historia de la ciudad está tejida por ese par de agujas, por el destino individual y por el tiempo, para decirnos que solo así lograremos descifrar nuestro origen, y quizás solo así llegaremos a proyectarnos en los otros en esa única realidad posible, la que dejaremos con nuestras propias vidas en las marcas de la madera antigua. ☞



Francisco López Sacha. (Cuba, 1950). Narrador, ensayista y crítico de arte cubano. Licenciado en Letras, especialista en Teatrología. Fue profesor en el Instituto Superior de Arte, profesor fundador del Taller de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso” y del programa televisivo “Universidad Para Todos”. Dirigió la revista *Letras Cubanas*. Algunos de sus cuentos y ensayos han sido traducidos al alemán, italiano, portugués, inglés y ruso. Nominado al Premio Nacional de Literatura. Actualmente es profesor en la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños, La Habana.